

*Dios se es
la Infinita Virginidad
en sí, por sí y para sí, sida y poseída
por la adhesión a su coeterna
y consustancial perfección
en su acto intercomunicativo
de vida trinitaria*

*Fecundidad de la virginidad
Pueblo consagrado, vive tu vocación*

En el sagrario Jesús te espera siempre

*Madre
Trinidad de la Santa Madre Iglesia*

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
SÁNCHEZ MORENO
Fundadora de La Obra de la Iglesia

*Dios se es
la Infinita Virginitad
en sí, por sí y para sí, sida y poseída
por la adhesión a su coeterna
y consustancial perfección
en su acto intercomunicativo
de vida trinitaria*

*Fecundidad de la virginidad
Pueblo consagrado, vive tu vocación*

En el sagrario Jesús te espera siempre



Ediciones La Obra de la Iglesia

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA
DEL ARZOBISPADO DE MADRID

4ª EDICIÓN

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia Sánchez Moreno y de los libros publicados:

«LA IGLESIA Y SU MISTERIO»
«VIVENCIAS DEL ALMA»
«FRUTOS DE ORACIÓN»

1ª Edición: Febrero 2001
© 2008 LA OBRA DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006
C/. Velázquez, 88
Tel. 91.435.41.45

ROMA - 00149
Via Vigna due Torri, 90
Tel. 06.551.46.44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org
www.laobradelaiglesia.org

www.clerus.org *Santa Sede: Congregación para el Clero*
(Librería-Espiritualidad)

ISBN: 978-84-612-4193-4

Depósito legal: M. 22.104-2008

Imprime: Imprenta Fareso, S. A.

Paseo de la Dirección, 5. 28039 Madrid

12-8-1973

DIOS ES LA INFINITA VIRGINIDAD

Dios, por perfección de su misma naturaleza, se es el Ser infinita y eternamente separado de todo lo que no es su Divinidad, en adhesión perfecta y acabada a sí mismo, en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo; ya que entre la criatura y el Creador existe distancia infinita de ser;

adhesión en Santidad coeterna de trascendente Virginidad infinita que, en Dios, es romper en una fecundidad tan sobreabundante de ser y tan pletórica de vida, que le hace ser Padre de exuberante fecundidad por la adhesión amorosa que a sí mismo se tiene en su acto de vida.

Dios es la Eterna Virginidad, separada infinitamente de todo lo que no es Él; ya que, lo que le hace romper en fecundidad engendrando, no es la unión de Él con ninguna cosa fuera de sí, sino la adhesión que en sí y a sí mismo se tiene en el apartamiento amoroso consustancial, recóndito y velado de su serse el Increado.

¡Oh esplendores refulgentes que fluyen a borbotones del pecho de Dios en cataratas infinitas de Conversación eterna...!

¡Oh «Luz de Luz» y «figura de la sustancia»¹ del Padre, Emanación perfecta de su misma naturaleza, Hálito candente de su boca!, descorre ese velo de Virginidad intocable que oculta, tras su esplendor, la rompiente infinita del engendrar del Padre, y deletréame, oh Verbo eterno, en tu Conversación cantora, el Manantial fluvente de ese engendrar divino en los luminosos resplandores de su trascendente Santidad rompiendo en Virginidad fecunda.

¡Oh *Sancta Sanctórum* de la Eterna Sabiduría, que escondes a la Virginidad Infinita, infinitamente distante y distinta de todo lo creado, en el ocultamiento dichosísimo de su serse Fecundidad, irrumpiendo en un engendrar luminoso de explicativa, recóndita y retornativa Palabra...!

Dios es la eterna y exuberante Perfección, y, por lo tanto, lo único capaz de llenar las exigencias infinitas de perfección en posesión que Él es y tiene en sí; siendo su adhesión a sí mismo un acto de vida pletórico de infinita perfección y a su infinita perfección.

En la medida que Dios está adherido a sí, en su acto de virginidad eterna, en esa misma medida es fecundo, y por eso, infinitamente fecundo; tanto, que el fruto de su fecundidad

¹ Heb 1, 3.

es todo cuanto Él es, en Expresión, en un Hijo que dice, en Cántico de amor eterno y de retornación hacia el Padre, toda la plenitud inexhausta de la subsistente Sabiduría.

Y así como, por la adhesión infinita que el Padre se tiene a sí mismo, por perfección de su misma naturaleza, «entre esplendores de santidad»² rompe engendrando al Verbo; en ese mismo instante sin tiempo en que es engendrado el Verbo, Éste es, por el ser recibido del Padre, un acto de adhesión infinita al mismo Padre.

Siendo la unión en adhesión de donaciones y retornaciones amorosas que las dos divinas Personas se tienen entre sí tan mutua, tan apretada, tan perfecta y de tan pletórica virginidad, ¡tanto, tanto...! que, en un abrazo de virginidad paterno-filial, rompen en un Amor tan perfecto y consustancial, tan eterno e infinito, tan mutuo e intercomunicativo, ¡tan para sí, tan para sí...! en la adhesión mutua de su intercomunicación paterno-filial, que este Amor es la Persona infinita del Espíritu Santo; el cual, en la adhesión perfecta de su realidad personal, es el descanso amoroso y terminado que el Padre y el Hijo se tienen, al amarse, en adhesión de abrazo paterno-filial de infinito amor.

Siendo el Padre todo en sí y para sí, y para el Verbo; y el Verbo, todo en sí, recibido del Padre, para sí y para el Padre. Y los dos –el

² Sal 109, 3.

Padre de por sí y el Verbo por el ser recibido del Padre—, en el abrazo consustancial de su donación y retornación, son para el Espíritu Santo; y el Espíritu Santo es, por el Padre y por el Hijo, para sí mismo, y para el Padre y para el Hijo, adhesión de amor eterno en retornaciones amorosas.

Por lo que las tres divinas Personas son cada una tan para sí como para las otras, estando unas en las otras. Y en la intercomunicación de las tres Personas, Dios vive, en el apartamiento de su ser infinitamente distinto y distante de todo lo que no es Él, en un acto trinitario y comunicativo de virginidad eterna.

Porque todo cuanto Dios se es, vive y tiene, lo es, esencial y sustancialmente, sólo en sí, por sí y para sí, en adhesión perfecta, abarcada y terminada, en separación infinita de todo lo creado, en su acto trinitario de pletórica y consustancial Virginidad.

Dios sólo a sí mismo está adherido en la separación infinitamente distante de todo lo que no es Él; por lo que la vida de Dios, en la perfección de su intercomunicación, es un solo acto de virginidad eterna en perfección terminada.

La virginidad perfecta es la adhesión al Sumo Bien, y la separación completa y absoluta de todo lo que no es Él. Por eso, cuando la criatura descubre la luz luminosa de la Eterna Sabiduría, subyugada por ella, deja todo lo que

es creación para lanzarse irresistiblemente en la búsqueda incansable de *¡sólo Dios!*

Dios, al serse en sí la Infinita Perfección, por perfección en santidad de su propia naturaleza, sólo a sí mismo está adherido, en tal llenura y plenitud, que Él mismo en sí, por sí y para sí, teniéndoselo todo sido y estándoselo todo siendo por la excelsitud pletórica y exuberante de su perfección, es la Rompiente infinita de su eterna fecundidad.

¡Oh Virginidad, Virginidad desconocida!, porque desconocido es el Sumo Bien en cuanto es, y desconocido, por lo tanto, cuanto somos capaces de ser nosotros en la participación de su llenura...

¡Oh Virginidad, Virginidad, trascendente e infinita!, equivalente a adhesión de Dios a sí mismo... Virginidad equivalente a *¡sólo Dios!*, capaz de hacer de Cristo, en su humanidad, una adhesión tan perfecta al Verbo del Padre, que le hace no tener más persona que la divina.

Cristo, en su humanidad, es un grito de virginidad tan perfecto, tan de: *¡sólo Dios!*, ¡tanto, tanto, tanto...!, que no tiene más persona que la divina; siendo todos los movimientos de su humanidad una adhesión total a su Persona, un grito de *¡sólo Dios!* que se manifiesta a través de toda su vida, actos, gestos y palabras.

¿Cómo podrá la humanidad santísima de Cristo, creada para ser una adhesión total al Verbo del Padre en unión hipostática de desposorio eterno e indisoluble, apetecer, querer, decir o buscar algo que no fuera sólo la inexhausta, pletórica e infinita Perfección...?!

¡Oh corazón enloquecido del hombre!, ¡mente ofuscada y oscurecida por su propia pasión...!, ¿cómo podrá, con su pobre y limitado pensamiento sin conocer el pensamiento divino y adherirse a él, saber de Virginidad trascendente y sentirse subyugado para tender a esa misma Virginidad y para vivirla, manifestarla y comunicarla, según la perfección de la criatura, en su máximo grado?

¡Oh virginidad, virginidad...!, margarita preciosa y joya escondida, sólo descubierta por los ojos penetrantes que, levantando su vuelo, lleno de sabiduría, hacia El que Es y, buscando la perfección, se adentra de alguna manera en el «Huerto cercado, Jardín florido y sellado donde se apacienta entre azucenas el Verbo Infinito»³, Esposo de las vírgenes, que, en requiebros de amor, nos invita a vivirle y a seguirle a través del destierro...: «Ven del Líbano, esposa, ven del Líbano, ven»⁴.

¿Cómo podría Jesús, siendo, en su persona, Dios, apetecer algo que no fuera Él mismo y su

³ Cfr. Ct 4, 12; 2, 16.

⁴ Ct 4, 8.

máxima glorificación?! ¿Cómo podría Cristo, que es la Infinita y Eterna Perfección por su persona divina, buscar algo que no fuera vivir en la posesión y disfrute de Él mismo, comunicándonos cuanto Él vivía y tenía en plenitud?! «Cristo no buscó su propio agrado. —“Yo vivo para el Padre”»⁵.

Cristo es la unión perfecta de la humanidad y la Divinidad en y por su persona divina, en un misterio trascendente de tal sublimidad, que, en esa misma unión hipostática y en la adhesión de su humanidad a su Divinidad, hace de Él Dios y Hombre en la persona del Verbo Encarnado.

Cristo en toda su humanidad es la expresión de la Virginidad del Padre en delecto a los hombres; es relación de Dios a los hombres y de los hombres a Dios; siendo, por su persona, Dios, separado infinitamente de todo lo creado, y expresión humana a los hombres en donación de amores eternos por medio de la Encarnación.

¡Oh Virginidad, Virginidad, tan trascendente y desconocida, tan santa y santificante, tan apetecida por las almas amantes...!, dame saberte vivir para poderte expresar en mi apetencia y nostalgia de Ti; ya que en la medida que te descubra, atraída por tu inexhaustiva plenitud, lanzándome hacia Ti, te poseeré, siendo capaz

⁵ Rm 15, 3a; Jn 6, 57b.

de ir viviendo de *sólo Dios*, en las diversas tendencias de mi corazón.

¡Oh Virginitad, Virginitad...!, dame saberte descubrir para saberte apreciar, para saberme adherir a Ti sin desear más cosas que: *¡sólo Dios!*

¿Cómo podrá el alma que ha vislumbrado la Infinita y Eterna Perfección, buscar algo que no sea su posesión para sí y para los demás?

El hombre que rastrea, busca la llenura de su ser en las cosas terrenas que no le pueden saciar; el que descubre a Dios con ojos candentes de penetrante sabiduría amorosa, se remonta y renuncia, por exigencia de la posesión del mismo Dios, a todo cuanto no sea Él.

En la medida que nos unimos al Sumo Bien, nos virginizamos, porque nos vamos adhiriendo y haciéndonos semejantes a Él, y separándonos de las criaturas.

Por eso cuando, en su plan infinito, Dios determinó coger al hombre de su postración y atraerlo a la hondura de su pecho bendito, realizó en la tierra un milagro de virginitad tan perfecto, ¡tanto, tanto, tanto!, que fue capaz de hacer, del Hombre, Dios, en la adhesión perfecta de la humanidad a la Divinidad en la persona del Verbo.

¡Oh *Sancta Sanctórum* de la Encarnación!, por la cual se realiza, en las entrañas de María,

el misterio insospechado de la unión de Dios con el Hombre para la restauración redentora de la humanidad caída... ¡Oh virginidad de la Señora toda Blanca de la Encarnación...!

María era una adhesión tan perfecta a la Infinita Virginidad, ¡tanto, tanto!, que el fruto de su virginidad fecunda fue romper en Maternidad divina sólo por obra del Espíritu Santo; Esposo que, en el toque de su infinita perfección, la fecundizó tan maravillosamente, que, por Ella y en sus entrañas virginales, el Verbo del Padre se hizo Hombre.

¡Oh virginidad, virginidad de María! tan ple-tórica, que, por el beso infinito del Espíritu Santo en paso de fuego sobre la Señora, rompe en maternidad y Maternidad divina; en tal plenitud, que no sólo es capaz de ser Madre del Verbo Encarnado, sino que, de la sobreabundancia de esa misma Maternidad y en la reple-tura de su virginidad, es Madre universal de todos los hombres.

¡Qué grado de virginidad, de tendencia al Infinito y de posesión de *sólo Dios*, sería el de María, inmaculada desde el primer instante de su concepción, por los méritos previstos de su mismo Hijo, que la hizo capaz, según el plan divino sobre Ella, de ser Madre del mismo Dios en el derecho pleno de su Maternidad...!

¡Oh virginidad, virginidad!, que haces posible que Dios llame a una criatura: Madre, y

que la criatura, en derecho pleno y perfecto, llame a Dios: Hijo.

Sólo la virginidad perfecta es capaz de realizar tales prodigios, porque es un grito en adhesión total del ser al Sumo Bien en el disfrute apretado de su perfección.

En María, su tendencia virginal hacia Dios es la consecuencia del conocimiento luminosísimo que de Él tiene; siendo este conocimiento tan sapiental y sagradamente penetrado de sabiduría amorosa, tan vital en Ella y tan pletórico, que la hace ser en todos y en cada uno de los momentos de su vida, en sus capacidades y exigencias, un grito rebosante de: *¡sólo Dios!*

Por eso, quien quiera conocer la trascendencia trascendente de la Virginidad infinita introduciéndose en el *Sancta Sanctórum* de la Trinidad, ha de adentrarse en las entrañas purísimas y maternales de María, desde donde Dios se da y se comunica a los hombres en el *Sancta Sanctórum* de la trascendente virginidad de la Señora, por medio del misterio de la Encarnación.

En la medida que Dios quiso hacer fecunda a María, la hizo Virgen, la adhirió a Él para que viviera sólo de su infinito ser, en adhesión tan íntima que fuera capaz de romper en una Maternidad tan pletórica, que el Verbo infinito del Padre, Encarnado, fuera el fruto de su fecunda y pletórica virginidad.

La virginidad, o castidad consagrada, cuando es perfecta, busca la llenura de su perfección en la glorificación de Dios y entrega absoluta a Él. Y en la medida que el hombre vive de *sólo Dios*, adhiriéndose, en cuanto es y posee, al Sumo Bien y a su plan, está, según su capacidad, en la posesión y llenura de la Suma Perfección, de tal forma que se hace conforme a ella, rompiendo en frutos de vida eterna para sí y para los demás.

Por lo que, en el Cielo, seremos todos como los Ángeles de Dios, ya que, según estemos unidos a Él, único fin para el cual hemos sido creados, seremos felices con el fruto gozoso que la llenura de su glorificación nos producirá.

El que procura conservarse virgen en memoria, entendimiento, voluntad, apetencias, tendencias, etc., vive adherido a *sólo Dios* y para *sólo Dios*, y entonces su vida está llena del Sumo Bien, poseída sólo por Él e impregnada de su infinito pensamiento.

Pueden los hombres, incluso después de haber roto su virginidad física, entregarse a Dios tan incondicionalmente en cuerpo y alma, que vivan en virginidad trascendente con frutos de santificación para ellos y para los demás.

No todos son capaces de comprender este misterio según el Divino Maestro manifestaba a sus Apóstoles y mucho menos de vivirlo, por la

ofuscación de sus corazones. Pero bienaventurado el que descubre esta margarita preciosa, ese tesoro escondido del Evangelio: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»⁶. Bienaventurado el que es capaz de adherirse a Dios en cuerpo y alma tan perfectamente, que todo lo que no sea Él y su gloria, lo ve como vaciedad y caduco. Bienaventurados los ojos transparentes que, al descubrir a Dios, hacen capaz al corazón de romper la esclavitud de sus propias pasiones, dominándolas y enseñoreándose de ellas para vivir, en la tierra, como los Ángeles, un trasunto de Eternidad, en la llenura y posesión de *sólo Dios* mediante la vida de fe, llena de esperanza y envuelta en el amor.

¡Qué grande es el alma virgen que gusta del Cielo en el destierro, y que hace de la tierra el Cielo con el testimonio de su vida y su palabra ante los demás...! El alma virgen es un cántico en expresión de Eternidad y una manifestación patente ante el mundo de: *¡sólo Dios!*

No todos los hombres comprenden este misterio por la dureza y torpeza de su corazón, por la esclavitud con que les tienen entorpecidos sus propias pasiones. Y por eso, guiados por esa misma esclavitud, al no ser capaces de sobrenaturalizarse, llegan, en su insensatez, a no entender el misterio de la Infinita Virginidad

⁶ Cfr. Mt 13, 46. 44; 5, 8.

rompiendo en fecundidad, ni el de Cristo, Virginitad Encarnada, ni el de María, virginitad maternal. Por la torpeza y rudeza de sus mentes quieren quitarle a la virginitad la fecundidad perfecta, sin comprender que la fecundidad íntegra, perfecta y sobrenatural es el fruto de la virginitad.

Virginitad que tiene su principio en Dios, en la adhesión de Él a sí mismo; virginitad que se nos manifiesta en Cristo, en una expresión de Dios con nosotros; y virginitad que se nos acerca con corazón de Madre en María, por la adhesión de toda Ella a Dios, que la hace romper, por obra del amor infinito del Espíritu Santo, en Maternidad divina, en portadora de divinización para los hombres, por el Fruto excelente, inédito y trascendente de su maravillosa virginitad.

El más virgen, más fecundo. Por eso, ¿quién más virgen que Dios, adherido sólo infinitamente a sí mismo, lo cual le hace romper engendrando al Verbo?

¿Quién más virgen que Cristo, que en su humanidad está unido con la Divinidad tan maravillosamente que no tiene más persona que la divina por medio del sorprendente, subyugante, divino y divinizante misterio de la Encarnación; y en la unión hipostática de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo, es Dios y es Hombre?

¿Quién tan virgen como María, que es capaz, mediante la adhesión que tiene a Dios, y por obra y gracia del Espíritu Santo, de dar a luz al Verbo infinito Encarnado?

¡Oh virginidad desconocida y, por lo tanto, menospreciada...!

Ilumine Dios la inteligencia de los desterrados, para que multitudes de hombres descubran este «tesoro escondido» del Evangelio, se entreguen a vivir de *sólo Dios* y para *sólo Dios*, en frutos de vida eterna que hacen, como en María, fructificar al alma virgen y dar a luz, a través de ella, a Cristo en las almas. «Hijos míos, a quienes de nuevo engendro entre dolores, hasta que Cristo se forme en vosotros»⁷.

Surjan las multitudes que «siguen al Corde-ro»⁸, «porque tu nombre es perfume derramado, por eso te aman las vírgenes, y tus amores son más suaves que el vino»⁹; para que el mundo vislumbre la faz del Verbo y, atraído al olor de sus perfumes, corra a embriagarse del festín infinito que Dios ofrece gratuitamente a los que de corazón se entregan a Él.

El hombre que descubre a Dios, se lanza irresistiblemente al encuentro de todos sus hermanos para introducirles en el gozo eterno de

⁷ Gál 4, 19.

⁸ Ap 14, 4.

⁹ Ct 1, 3. 2.

las infinitas perfecciones. Por lo que el sacerdocio, la vida misionera y la consagración a Dios, surgen del descubrimiento deslumbrante de la Infinita Virginitad que, subyugándonos, nos impulsa a ser, con Cristo y María, adhesión retornativa al Sumo Bien.

Sólo Dios puede llenar nuestras vidas, sólo en Él seremos capaces de realizarnos en la plenitud y en la máxima perfección del ser y del quehacer para el cual fuimos creados. Y por eso, quien le descubre, le busca apasionadamente, renunciando a todo lo creado por la posesión total de su llenura.

Mas, cuando los hombres pierden de vista el rostro de Dios, sus ojos se oscurecen, queriendo sofocar la grandeza de la virginidad por la ofuscación de sus propias pasiones que les esclavizan separándoles de su único y verdadero fin. ¡Cómo podrá el hombre carnal comprender al hombre espiritual...!

¡Oh virginidad, virginidad desconocida!, eres tan sublime, que el fruto de tus conquistas es *sólo Dios* para ti y para cuantos te rodean.

¡Oh virginidad, virginidad, que tienes tu principio en Dios, y la expresión de tu fruto es el misterio de la Encarnación por la virginidad maternal de María!

¡Oh virginidad, virginidad, tan grande como desconocida...!

21-6-1974

AMADOR DE AMORES

Extraña y silente camino en la vida,
sin puerto que ancle mi navegación;
espero incansable mi día de Gloria,
para saturarme de la luz del Sol.

Hondas son mis penas, repletos mis gozos,
serena y tranquila, llena de ilusión.
Dios conoce el centro de mis peticiones
y las agonías de mi contención.

Anhelo, en clamores, llenuras inmensas;
suspiro, en espera, la retornación
de Aquel que, en coloquios de hondos secretos,
me llama en requiebros de tierna canción.

Lentos y pausados son los pasos quedos
de mi ruta en don.
Busco, sin cansarme, los ojos serenos
de Aquél que, antaño, se me descubrió.

Sé que Dios es dulce cual yo le apercibo,
tierno y compasivo, rezumando amor,
lleno de ternura para el alma amante
que sabe entregarse a su petición.

También es temible cuando, en los volcanes
de su seno abierto, brota en erupción,

surge en llamaradas que mi pecho encienden
lleno de esplendor.

Brasas son los celos de su pecho herido,
cuando, enaltecido, reclama impelido
todos los repliegues de mi corazón;
¡nada cede a nadie de cuanto, muriendo
por mí, conquistó!

Todo lo reclama porque es Don de dones,
Luchador insigne, gran Batallador;
por eso, al que logra prender en sus brasas,
es trofeo suyo que jamás cedió.

Amador de amores, ¡ven por tu conquista!
¡Mi alma es tu don!

15-9-1974

ÉL SE ES JAYÁN DE AMORES

Tengo en mi pecho una hondura
de tan sublime misterio,
que en nostalgias de Infinito
mi espíritu está muriendo.

Yo le añoro en las vivencias
de mis claustrales encuentros,
y suspiro por las voces
infinitas del Eterno.

Él se me muestra celoso
por la fuerza de su imperio,
y me invita a introducirme
en la hondura de su seno.

Yo siento el toque de Dios
como clamores en fuego,
como saetas candentes
que me traspasan el pecho.

Nada hay tan hondo y seguro
como el toque del Inmenso
en paso de poderío
con el triunfo de su vuelo.

Él se es Jayán de amores,
tal como yo le deseo,
conquistador de ilusiones
y vencedor de trofeos.

Por eso, mi vida es suya,
conquista de sus torneos.

2.062. ¡Oh mi Dios infinitamente espiritual!, déjame beber hasta saciarme, en saturación, de la Virginidad eterna que Tú, mi Trinidad santa, te eres en tu vida íntima de comunicación trinitaria por tu ser subsistente de perfección suma. (28-4-61)

2.068. ¡Sólo Dios!, sin más, es el grito palpitante de mi corazón enamorado. (15-10-74)

2.071. Soy feliz porque, al no tener en el corazón más que a Dios y su voluntad, sobreabundando de gozo en medio de mis incalculables tribulaciones, las cuales me hacen semejante a Cristo y, con Él, soy cobijada en el regazo del Padre por el amor del Espíritu Santo. (5-11-75)

2.077. Alma sacerdotal, todo lo que no es Dios no es; vive de tal forma, que sólo Él y su gloria busques, en un olvido y desprendimiento de ti completos. Estáte presta, porque el Señor vendrá a llevarte donde Él para siempre, ¡para siempre!; y vendrá pronto..., y eso será mañana..., ¡ya! (6-1-64)

2.086. ¿Quiénes son los que van más seguros por el camino del Reino de los Cielos? Los que no buscan más que a Dios y, al llegar a su término, todo cuanto tenían lo han dejado para

encontrarse con Él. Por eso, el que nada tiene anda más ágil y, en su término, nada tiene que dejar, sólo poseer. (14-9-74)

2.092. Si tengo a Dios, lo tengo todo en el todo de su posesión, en la llenura de su vida, en la plenitud de su felicidad, en la riqueza de cuanto es. Y, cuando a Él le pierdo, me encuentro con mis apetencias resacas, en el vacío de cuanto contienen las criaturas para mí. (14-9-74)

2.094. Fuera de Dios, no tengo ningún deseo; y esto no es por vacío de mi ser, que en Dios lo encuentra todo, sino por la llenura de la voluntad divina que me repleta y me hace tener todo en ella, no necesitando nada, por la repleta de mis apetencias que sólo buscan el saboreo de la voluntad de Dios cumplida. (4-7-69)

2.095. Cuando no quise nada de aquí abajo y busqué la riqueza infinita de lo alto, me encontré con todo en el todo de Dios; y, en su posesión, sacié mis apetencias torturantes de felicidad, de riqueza, de amor y de llenura que el Infinito Ser había plasmado en mí, solamente para poseerle. (14-9-74)

28-5-1975

¡QUÉ DULZURA HAY EN MI ALMA!

¡Qué dulzura hay en la hondura
de mi pecho dolorido...!,
¡qué manantial tan divino
en su fluyente frescura...!

Néctar de ricos perfumes
es el pecho de mi Amado,
donde mi ser, cautivado,
del suelo a la altura sube.

¡Que pasen todas las cosas
sin perturbar el reposo
de mi alma con su Esposo,
en íntima unión gozosa!

Él me besa... yo le beso...;
y, en dulce retornación,
los dos decimos amor
sin decirnos más que eso.

Pero amor que es, en ternura,
de tanta y tanta belleza,
que al alma la tiene presa
por su infinita hermosura.

Dejad mi pecho en reposo,
que Dios besa en su pasar

con un tan tierno robar,
que es todo su ser en gozo.

¡Hondura de mis misterios...!
Rompa el silencio en cantares
de sagrados teclares
por el volar de mi vuelo.

Pues tanto corre mi alma
cuando siente a su Amador,
que emprende vuelo veloz
tras la marcha del que ama.

Silencio, guarda el secreto
de mi pecho enternecido
que se siente todo henchido
en ternuras del Inmenso.

«Frutos de oración»

2.100. ¡Cuántos consagrados han perdido el verdadero sentido de lo sobrenatural, y, por ello, se han convertido en piedra de escándalo y ruina de las almas...! (17-12-76)

2.101. ¡Qué dolor siento al contemplar que gran parte del pueblo consagrado, perdiendo su mirada sobrenatural, se ha desorientado, llenando de amargura el corazón de los hombres, al presentarles un cristianismo raquítico y material que, haciéndoles buscar sólo los bienes de acá, los separa del Bien infinito! (17-12-76)

2.102. ¿Dices que amas a Dios y a los hombres, y no procuras poner en los corazones de los que te rodean el deseo de lo sobrenatural, único capaz de llenar de paz y caridad, para que se entreguen a Dios y por Él a los demás? (17-12-76)

2.103. Sacerdote de Cristo, alma consagrada, si te separas del contacto con Dios, pierdes la mirada sobrenatural, y entonces llevas a los que te rodean a vivir sólo de unos bienes caducos, sin mostrarles el Bien supremo que les hará felices por toda una eternidad. (17-12-76)

2.104. Porque te separaste del contacto familiar con Cristo, se oscureció tu vida, te invadió

la confusión, se llenó tu pecho de amargura; y, tal vez, sin darte cuenta, haces eso mismo con los que a ti se acercan. (17-12-76)

2.105. Dices que quieres dar a Dios a los hombres... ¿Cómo les darás a un Dios que no conoces por no buscar tiempo para estar con Él y, así, penetrando su pensamiento, saber cómo debes vivir y actuar? (17-12-76)

2.106. ¿Estás consagrado a Dios? Recapacita, pues el tesoro que el Señor ha puesto en tus manos al llamarte «para estar con Él»¹ y enviarte a los demás, es comunicado a los pequeños, especialmente a los pies del Maestro en grandes ratos de oración. (17-12-76)

2.107. Tú, que te consagraste a Dios, levántate de tu letargo espiritual, mira al Cristo del Padre que te pide ayuda, no te dejes arrastrar por la confusión que nos invade, sé valiente, no tengas miedo a los soberbios; Dios saldrá por ti, poniendo en tu boca cuanto debes decir, si, viviendo de Él y para Él, con corazón sincero y alma limpia le buscas. (17-12-76)

¹ Mc 3, 14.

3-5-1973

¿POR QUÉ, SI ORO,
ME SIENTO LLENA...?

¿Por qué, si oro,
me siento llena,
y nada anhelo
y nada busco
que en mí no tenga...?

¿Por qué, si oro,
lleno las ansias
de mis esperas,
sacio mis hambres,
calmo mis penas...?

¿Por qué, si oro,
mi alma Iglesia
se extiende tanto,
que llena el mundo
con los fulgores
de tu presencia...?

¿Por qué, si oro,
no necesito
decir en frases
tus experiencias,
porque me extiendo
por todas partes
con tu influencia...?

¿Por qué, si oro,
se siente el alma
con honda urgencia

de ser sencilla,
de ser más buena,
de ser perfecta...?

¿Por qué, si oro,
siento a los hombres
de mí tan cerca,
que eres Tú mismo
a quien descubro
tras su presencia...?

¿Por qué, si oro,
toda mi vista
que es tan rastrera,
se hace divina,
y entiende todo
con tus maneras...?

¿Por qué, si oro
y aquí en la tierra
vaga mi alma,
cuando descanso
junto a tus puertas,
encuentro el Cielo
que me repleta...?

¿Por qué, Dios mío,
por qué a tus puertas
me siento llena...?

FECUNDIDAD DE LA VIRGINIDAD

¡Oh Virginitad, Virginitad trascendente!, si-
da y poseída por Dios en la perfección coeter-
na de su infinito ser; y participada, a través de
Cristo y por María en el seno de la Santa Madre
Iglesia, repleta y saturada de la Virginitad, por
la criatura que, sintiéndose elegida por el Infi-
nito para ser parte del pueblo consagrado y vi-
vir para glorificarle, busca incansablemente
muchedumbres de almas, con el fin de encajar-
las en el plan de Dios que nos creó sólo y ex-
clusivamente para que le poseyéramos.

Siendo el grito torturante de mi *alma-Iglesia*
y por ser dentro de esta Santa Madre el Eco en
proclamación de sus cantares, desde que el
Señor me eligió para Él en mi búsqueda incan-
sable e insaciable de cumplir su voluntad en
todos y cada uno de los momentos de mi vida:

¡Gloria para Dios!, ¡almas para su seno!

¡Oh Virginitad, Virginitad!, tan desconocida
como amada y añorada por las almas amantes
que, subyugadas por el esplendor del Verbo in-
finito del Padre hecho Hombre por amor, y
Esposo de las vírgenes, descubren la perla pre-

ciosa del Evangelio y renuncian a todo para poseerla, siguiendo al Cordero donde quiera que vaya, porque «su voz es dulce al paladar, su rostro hermoso, y sus amores mejores que el vino»¹.

La verdadera virginidad o castidad perfecta del alma consagrada, tiene su razón de ser en la adhesión total e incondicional del alma al Sumo Bien, en apartamiento de todo lo que no sea Dios, con la tendencia eficaz a vivir del Infinito Ser, que eligió y predestinó a su pueblo consagrado, como dice el Evangelio, «para estar con Él y mandarles a predicar»².

Por lo que, en la medida que vivimos de Dios y para Él, vamos llenando la predilección del que nos creó y eligió para ser los confidentes del Maestro, que, «apoyados en su pecho, como San Juan en la última Cena»³, se hacen predicadores de lo divino. Por eso hemos de tender a la Virginidad trascendente, para llenar el fin para el cual fuimos creados, adhiriéndonos como los Ángeles de Dios, dando gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo, al que es la Suma Perfección, y que, por infinitud de su misma Virginidad o adhesión a su perfección eterna, rompe en fecundidad.

¹ Cfr. Ct 2, 14; 1, 2.

³ Cfr. Jn 13, 25.

² Mc 3, 14-15.

La Virginitad infinita es la adhesión del Sumo Bien a sí mismo, en tal apartamiento de todo lo que no sea Él, que, en su Trinidad, tiene saciada toda su capacidad eterna de perfección.

Dios, por serse la Virginitad Increada, no puede estar adherido más que a sí mismo por plenitud de su ser y perfección de su misma naturaleza divina.

¡Oh Virginitad, Virginitad trascendente!, que hace que el Padre, de tanto ser fecundo en adhesión infinita a sí mismo, por la plenitud inexhausta de su inefable perfección, rompa en una Palabra, tan divina, tan pletórica, tan infinita, tan exuberante, abarcadora y acabada, ¡tan como Él!, que es todo lo que es el Engendrador Supremo, pero en Expresión Cantora de consustanciales e inéditas melodías, que, en un romance de amor, vuelta hacia el Padre, le expresa toda su vida en Canción...

Y el Padre y el Hijo, en un abrazo coeterno, paterno-filial, de donaciones y retornaciones amorosas, rompen, sin romper, en un afluente de amor tan divino y descansado, que el amor con que se aman en espiración amorosa de entre ambos, hace surgir al Espíritu Santo: Beso de amor personal del Padre y del Hijo en descanso amoroso de Familia Trinitaria.

Siendo Dios tres divinas Personas tan adheridas a sí mismas y entre sí por su ser de tras-

cedente Virginidad en Santidad infinita, que, a pesar de ser tres divinas Personas, es un solo Dios en una sola perfección en infinitud infinita, por infinitud de ser, de infinitas perfecciones y atributos; en la cual y a la cual las tres divinas Personas están tan consustancialmente adheridas, que se identifican con ella; siendo unas para las otras y estando unas en las otras en la unidad eterna, consustancial, infinita y subsistente de su ser.

Dios, a pesar de ser tres divinas Personas y no poder estar adherido más que a sí mismo, es tan Uno que, al estar adheridas las Personas entre sí, lo están a su misma realidad y a sí mismas, pero en maneras distintas y personales de adhesión. Por lo que la vida trinitaria de Dios en su Santidad intocable, es sida y poseída por Él en su acto de Virginidad eterna e insondable, en la excelsitud exuberante de su pletórica perfección y en el apartamiento total y absoluto de todo lo que no sea Dios mismo en sí, por sí y para sí en su acto inmutable de vida intercomunicativa y trinitaria.

¡Oh mi Infinito Ser!, mi alma te apercibe en saboreo de gloria, ahondada en el misterio de tu sapiental Sabiduría que, enalteciendo la médula de mi espíritu, me hace irrumpir proclamando las grandezas de la Virginidad trascendente, sida y poseída por Ti; y participada por el hombre de ojos transparentes, alma sencilla

y limpio corazón, que, trascendido de todo lo creado, apercibe el néctar riquísimo que dimana de la Infinita Virginidad en torrenciales manantiales de vida divina, que se derraman desde el seno de Dios, por el costado abierto de Cristo, al pueblo consagrado; para hacer a sus elegidos confidentes de Jesús, donadores de Dios en manifestación de sus planes eternos y del «Misterio que estaba oculto desde todos los siglos y generaciones, pero ahora fue manifestado a sus santos»⁴.

La verdadera Virginidad es la del Sumo Bien, que, por serse Él la Santidad eterna, no puede adherirse más que a sí mismo; Virginidad trascendente a la cual el alma consagrada tiene que tender por estar creada para participar en adhesión de la Infinita Virginidad rompiendo en fecundidad.

¡Oh Virginidad trascendente...!, ¡qué necesidad de profundizar en la profundidad profunda de la hondura de tu misterio, y contemplar la fecundidad infinita que en Ti encierras... y que por Ti se derrama en frutos de vida divina a los hombres!

Dios mismo, el Ser infinitamente espiritual, el Intocable, el Insondable, la Santidad infinita, se es la Virginidad increada en tal plenitud, que

⁴ Col 1, 26.

el fruto de esa Virginidad eterna del Padre es el Verbo, en el cual y «por el cual fueron hechas todas las cosas»⁵.

Virginidad divina, eres Fuente que mana a borbotones en manantiales infinitos de caridad eterna. Húndeme en el saboreo profundo de tu misterio, para que, en silencio, paladee ese néctar divino que en Ti se encierra; haciéndome tan virgen, tan adherida a sólo Dios, ¡tanto, tanto!, que me abisme en la entraña virgínea y eterna del Engendrador, donde la Eterna Virginidad tiene su principio sin principio y sin fin, su manantial y fecundidad, y así, viva en el ocultamiento velado de la vida divina.

¡Dame a beber de los raudales de tu riqueza infinita, oh Virginidad desconocida!, para que yo, escogida por el Espíritu Santo para ser sólo de Dios, sepa cantar en el seno de la Santa Madre Iglesia y por ella, como el Eco de sus cantares, a todos los hombres, las riquezas que en Ti ha descubierto mi alma enamorada del Esposo divino, siendo para Él toda virgen: «Como azucena entre los cardos así es mi amada entre las doncellas»⁶; tras la cual, atraídas las demás almas «al olor de los perfumes de su Amado»⁷, corren a embriagarse con el mosto divino que exhalan sus palabras «más dulces que la miel de un panal que destila»⁸.

⁵ Col 1, 16.

⁷ Cfr. Ct 1, 3.

⁶ Ct 2, 2.

⁸ Sal 18, 11.

Esposo de las vírgenes, oh Amado mío, «el que pastorea entre azucenas», «¿dónde sesteas al mediodía»⁹, para entrar en tu jardín, allí donde Tú, y apereibir «la generación eterna del Padre dándote a luz de su misma Luz entre esplendores de Santidad?»¹⁰.

¡Oh Virginidad increada, que tienes tu principio en aquel engendrar divino de santidad intocable...! Que venga el alma virgen sedienta, todo el que quiera saciarse con la Santidad de Dios. Sí, que venga el que quiera virginizarse y beba en la boca de la fuente del engendrar divino donde se es la Virginidad Eterna en su comunicación trinitaria, en el secreto silencioso, subsistente, coeterno y sustancial de su eterna fecundidad.

La Virginidad trascendente es la innecesaridad absoluta de todo lo que no es Dios mismo –el Ser en su fecundidad divina– que, por exuberante y perfecto, tiene que romper en fecundidad.

Dios se es la Fecundidad eterna, Fecundidad que en Dios se es su misma Virginidad. El fruto máximo de la fecundidad tiene su raíz en la virginidad.

Por lo que el Padre, Fuente de infinita y eterna Virginidad, engendra un Hijo que es toda su Virginidad en filiación amorosa.

⁹ Ct 6, 3; 1, 7.

¹⁰ Cfr. Sal 109, 3.

El Padre engendra una Palabra que es todo su ser en Virginidad Explicativa, siendo el Espíritu Santo el Amor de la Paternidad Explicativa, que por perfección de Virginidad, en abrazo amoroso de entre ambos, es otra Persona; teniendo los Tres una sola Virginidad en perfección personal.

La Virginidad eterna es la infinitud exuberante que, por su perfección perfecta, fecunda y suficiente, conocida por el Padre, le hace romper en fecundidad; y así Éste engendra como fruto de su conocimiento amoroso o sabiduría infinita. Por lo que el Verbo es la Sabiduría del Padre en Expresión; siendo esta Sabiduría el Padre, y Sabiduría Sabida el Verbo, en un amor tan sapiencial, que de ambos surge la tercera Persona de la infinita y adorable Trinidad en Sabiduría Amorosa personal, estando las tres divinas Personas adheridas en Virginidad eterna entre sí.

No hay fecundidad como la divina, ni hay virginidad como la del Eterno, siendo Dios *el Virgen* que, en fecundidad divina, engendra, y siendo el engendrar divino una corriente infinita de eterna virginidad. ¡Oh, qué feliz es Dios, qué fecundo y qué virgen...!

La humanidad de Cristo, creada para unirse hipostáticamente en la Persona del Verbo con la naturaleza divina, es la lira finísima que re-

copila en sí todas las perfecciones infinitas que, en su simplicísima perfección, se es Dios en su Trinidad Una.

Predestinada desde toda la eternidad para ser la humanidad del Verbo Encarnado, le fue dada la capacidad única de atrapar y atraer a sí a la Divinidad para unirse hipostáticamente a ella en la persona del Verbo.

Fue tan grande su perfección, que, al crearla Dios, le dio tal capacidad y la hizo tan virgen, que sólo pudo ser la humanidad del Verbo Encarnado; ya que por su creación exigía—no porque criatura alguna pudiera exigir nada a Dios, sino porque pedía sobre sí el cumplimiento del plan divino— la unión hipostática para la que había sido creada; y de la cual fue consciente desde el primer momento de la Encarnación por la plenitud perfecta y acabada de esa misma unión hipostática entre la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo en desposorios eternos e indisolubles.

Y el Verbo Encarnado, en y por la plenitud de su Sacerdocio, unió a Dios con el hombre; siendo Él esta misma Unión en reparación infinita a la Santidad de Dios ofendida.

A María la hizo Dios tan Virgen a imagen de su eterna e infinita Virginitad que, por el po-

derío excelso de su Santidad intocable, cobijada bajo su sombra y por obra del Espíritu Santo, solamente pudo ser Madre del mismo Dios; ya que fue tan excelsa la virginidad que Dios, al predestinarla desde toda la eternidad, derramó sobre Ella, que tuvo que romper en Maternidad divina, dando como fruto al Verbo Encarnado del Padre. Su capacidad maternal, a imagen y en participación de la paternidad divina, sólo un fruto pudo dar según el pensamiento coeterno del Infinito Ser sobre Ella: el Verbo divino hecho hombre en su seno, bajo el arrullo y la brisa, en paso de amor fecundo, del Espíritu Santo.

Dios se hizo una Madre que, a imagen de su paternidad, exigiera ser Madre del mismo Dios; y Dios se hizo una Virgen ¡tan Virgen!, que, a imagen de su Virginidad eterna, pidiera una fecundidad tal, que tuviera que romper en Maternidad divina.

Virginidad trascendente, eres la margarita preciosa por la cual el mercader del Evangelio vende todo cuanto posee para comprarla.

¡Oh virginidad, virginidad...! Cuando Dios quiso hacerse una Madre, la creó para ser fecunda, tan fecunda, que de su seno brotara el mismo Dios Encarnado; siendo esta fecundidad de María la fecundidad máxima que ninguna pura criatura tuvo jamás ni tendrá en el cielo ni en la tierra.

La fecundidad de María se llama Maternidad divina, que, subiendo al mismo pecho del Altísimo, atrajo a sí por el sacerdocio peculiar de su Maternidad divina al Verbo de la Vida; el cual, encarnándose en su seno, hizo posible lo imposible mediante la unión de Dios con el Hombre.

Dime, Maternidad de María, ¿qué te hizo tan fecunda?, ¿qué riquezas tiene tu seno para que el mismo Dios en él se encarnara?

¡Oh Virginitad excelsa!, eres el secreto de la Maternidad de María, pues yo sé, en un saboreo que es vida de luz trascendente, penetrada del pensamiento divino, por una gracia del Espíritu Santo, que la fecundidad espiritual tiene su raíz en la virginidad. Y lo sé porque, metida en el Seno de la Trinidad, he sorprendido al Eterno dando a luz, como fruto de su Virginitad increada, al Verbo infinito; viendo surgir de esta Virginitad paterno-filial el Beso de amor coeterno que, en Virginitad santa, se dan el Padre y el Hijo en su intercomunicación amorosa de Familia Divina, en el ocultamiento velado, recóndito y misterioso de su vida eterna.

La Virginitad perfecta es la posesión total de la perfección infinita; y Dios se es la Perfección eterna y el Poseído infinitamente por sí mismo, en un apartamiento total de todo lo que no es Él; ya que, El que Es, es lo que es, en sí, por sí y para sí, estándoselo siendo y teniéndoselo siempre sido.

La máxima fecundidad en virginidad infinita es Dios. Y después de Él y del Verbo Encarnado, María, que llegó a tanto su virginidad, ¡a tanto!, y la hizo tan fecunda, ¡tanto, tanto!, que el Verbo del Padre, la misma Virginidad increada, fecundizándola, en Ella se encarnó.

Hay un misterio tan grande y penetrativo en lo que tan pobremente estoy manifestando, pero que tan deleitable y saboreablemente pene-tro, que, por más que lo procuro, no puedo darle forma.

Sólo sabré decir que María fue creada para Madre de Dios, y que la prerrogativa más importante de la Virgen es su Maternidad divina, por la cual y mediante la cual, le han sido concedidas todas las demás gracias a «La llena de gracia»¹¹ por el Fruto de su vientre bendito. Pero también sé que fue necesario que María fuese virgen para ser Madre de Dios; ya que, en el orden divino, la fecundidad necesita de la virginidad, para dar el fruto que la infinita Santidad exige.

María fue creada para ser Madre de Dios. Como consecuencia indispensable, Dios se la creó Virgen, porque si así no hubiera sido, su seno no hubiera sido capaz de tener ni contener la fecundidad excelsa de ser Madre de Dios; ya que, a mayor virginidad corresponde una mayor

¹¹ Lc 1, 28.

fecundidad en el orden divino, como hemos visto anteriormente en el principio de la generación eterna en Dios.

Y así vemos a María, a imagen del Padre, dando a luz a un solo Hijo como fruto de su casi infinita fecundidad. Y este fruto fue tal, que, en los dos, es el Verbo divino: en Dios, como Unigénito del Padre, y en María, como ese mismo Unigénito Encarnado, fruto de su virginidad maternal.

Al crear Dios a María para Madre del Verbo, le dio una virginidad tal, la hizo tan Virgen, ¡tanto!, que tuvo que romper en Maternidad divina; ya que la creó para Madre de su Verbo, y se plasmó en Ella haciendo posible que, en un grito de: ¡sólo Dios!, el fruto de la Maternidad virginal de María fuera el mismo Verbo Encarnado.

María es Madre de Dios según el designio eterno, por ser Virgen, por haberle dado Dios a participar de la Virginidad eterna que a Él le hace romper en fecundidad divina.

¡No hay fecundidad como la de María, porque no hay virginidad como la suya; ya que, a más grande virginidad, más profunda, exuberante y pletórica fecundidad!

¡Oh Virginidad, Virginidad!, que te balbuceo y te profano...; ¡que quisiera explicar tu misterio, y, tal vez, a quien lea estas páginas, por mi ruda expresión y su humana captación, le confunda...!

Dios, en su engendrar misterioso y divino, está cubierto, envuelto y oculto por el velo de su Virginidad eterna. Y allí, en lo recóndito del Ser, en su profundidad silenciosa, entrando dentro de aquel *Sancta Sanctórum*, introducidos por Él donde Él, siéndonos levantado el velo de su Virginidad eterna, sólo allí podemos sorprender aquel eterno Engendrar del Padre, que, en Palabra de fuego, rompe en el ocultamiento velado de su serse Familia mi Trinidad santa.

También el gran misterio de la Encarnación tuvo que ser envuelto y cubierto por el velo de la virginidad; tampoco podía el alma introducirse en aquel *Sancta Sanctórum* de la unión hipostática. Y, así como Dios en sí mismo está envuelto y cubierto, en su Santidad intocable, por el velo de su Virginidad eterna en el ocultamiento velado de su vida divina, siendo la Virginidad en Dios un atributo; así María es como el atributo de la virginidad que cubre en la tierra el gran misterio de la Encarnación. Es María el velo que oculta el *Sancta Sanctórum* del gran misterio de la unión hipostática; es la Virgen la que envuelve este misterio de sorpresa indecible; es la Señora toda Blanca de la Encarnación la que nos puede introducir a contemplar el gran misterio que en su seno se obra; y es por Ella por donde sorprenderemos a Dios haciéndose Hombre, y al Hombre siendo Dios.

Un manto de Virginitad eterna envuelve el gran misterio de la Familia Divina, y un manto de virginitad trascendente cubre, en la tierra, el gran misterio de la Encarnación.

María es tan Virgen, que es como el atributo que cubre el misterio terrible de la unión hipostática; y de tal forma es Ella sede de la Virginitad eterna, que, en sus entrañas, Dios se hace Hombre y el Hombre se hace Dios.

¡Oh Virginitad, que encierras en tu misterio al Verbo divino en su principio sin principio y en el misterio terrible de la Encarnación...!

¡Oh María, virginitad plena, que, rompiendo en fecundidad, concibes al mismo Verbo de la Vida Encarnado, que te hace ser, por tu Maternidad virginal, Madre de todas las almas...! Por ser virgen, encierras en tu seno al Dios hecho Hombre; y por ser virgen, eres Madre de la Iglesia, la Nueva Eva, Madre universal de todos los hombres.

Dios te hizo su Madre para que fueras su descanso y el medio por el cual viniera a los hombres. Pero, como fruto indispensable de esta Maternidad, te hizo virgen, de forma que si no hubieras sido virgen, ¡la sólo de Dios!, no hubieras podido ser Madre del mismo Dios, porque el Verbo divino Encarnado sólo de la virginitad podía ser fruto, ya que el fruto máximo de la fecundidad está en la virginitad tras-

cedente por la separación infinita entre lo divino y lo creado.

Y la razón es que Dios, que es la Virginitad por esencia, se es la Fecundidad infinita, y cuando creó a María para ser Madre suya, la tuvo que hacer a imagen de Él mismo: Virginitad fecunda que sólo tiene un fruto: el Verbo, «Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre», y «figura de su sustancia»¹².

Mas «la Luz vino a las tinieblas y las tinieblas no la recibieron», siendo la «Gloria de Israel y Luz de los gentiles»¹³.

¡Oh Virginitad, que robas el corazón de las almas más puras; que tienes tu raíz en el mismo pecho del Altísimo, envuelto y cubierto en el *Sancta Sanctórum* de su Santidad eterna rompiendo en Paternidad; que eres tan fecunda, que el mismo Dios, en su subsistencia infinita de adhesión total a sí mismo, rompe en fecundidad engendrando a su Unigénito Hijo! Y la Virgen fue Madre como fruto de su grito de «sólo Dios»; el cual la hizo tan fecunda, que la hizo romper en maternidad ¡y Maternidad divina!

Obrándose estos misterios ocultos a los ojos carnales, los cuales, por no penetrar en la bri-

¹² Símbolo Niceno; Heb. 1, 3. ¹³ Jn 1, 5; Lc 2, 32.

llantez exuberante de la virginidad del alma consagrada, repleta de fecundidad, a veces, en su desatino y locura, llegan a creerla estéril...

«Me robaste el corazón, hermana mía, esposa. Me robaste el corazón con una mirada tuya, con una perla de tu collar. ¡Qué hermosos tus amores, hermana mía, esposa! ¡Qué sabrosos tus amores, más que el vino; y la fragancia de tus perfumes, más que todos los bálsamos!

Miel virgen destilan tus labios, esposa; hay leche y miel debajo de tu lengua; y la fragancia de tus vestidos, como la fragancia del Líbano. Eres huerto cerrado, hermana mía, esposa, huerto cerrado, fuente sellada»¹⁴, dice el Esposo en el Cantar de los Cantares.

El cual, enamorado del alma virgen, elegida por Él y consagrada a su Santidad infinita para glorificarle y, por el fruto de su virginidad rompiendo en fecundidad, dar vida a las almas; recreándose amorosamente en intimidad de coloquios de amor e inundándola del néctar de su Divinidad, expresa también en el Cantar de los Cantares: «Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y ciervos del campo no despertéis ni inquietéis a mi amada hasta que a ella le plazca»¹⁵.

Porque, así como el alma virginal enamorada busca grandes ratos de oración para vivir en intimidad con el Esposo divino, exclamando en

¹⁴ Ct 4, 9-12.

¹⁵ Ct 2, 7.

su interior: «Mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado»; Jesús, «que pastorea entre azucenas»¹⁶, necesita comunicarse a los que ama, ya que está fatigado el Amor por no encontrar a quién comunicar su secreto: «Busqué quien me consolara y no lo hallé»¹⁷, porque busqué quien me escuchara y me comprendiera y no lo encontré. Y «si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará»¹⁸.

El Divino Maestro, el Dios de la Eucaristía en un rato de oración y penetrándome de su sapiencia divina junto a los pies del Sagrario; mientras, postrada y adorante, me apoyaba en su pecho, como el Apóstol San Juan en la última Cena, apercibiendo los latidos de su corazón llenos de lamentaciones y gemidos amorosos; estando ejerciendo el peculiar sacerdocio en la postura sacerdotal que Él mismo enseñó a mi alma: recibéndole en abertura incondicional, respondiéndole en retornación amorosa, llevando a las almas sus donaciones eternas, y recopilando a los hombres para traérselos ante Él;

silenciosa y jadeantemente, lleno de lamentaciones amorosas, penetró la médula de mi espíritu con estas profundas, sacrosantas y miste-

¹⁶ Ct 2, 16.

¹⁷ Sal 68, 21.

¹⁸ Mt 16, 24-25.

riosas palabras que quedaron grabadas en lo más íntimo de mi corazón:

«Yo soy todo amor y las almas no me aman».

Lamento que, encendiendo en brasas la médula de mi espíritu, me lanzó nuevamente en mi grito incansable, lacerante y vehemente de:

¡Gloria para Dios! ¡Almas para su seno! ¡Sólo eso! ¡Lo demás no importa!

Grito lacerante del alma consagrada que fue escogida para estar con el Divino Maestro y enviarla a comunicar el secreto recibido en su pecho divino; el cual, como volcán encendido, impulsa al corazón de los que ama en sed torturante de almas, que aplaquen su lamento:

«El que tenga sed, que venga; el que quiera, que tome gratis el agua de la vida».

«El que tenga sed, que venga, y beba el que cree en mí; de su seno brotarán torrentes de agua viva».

«El que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene vida eterna y Yo le resucitaré en el último día»¹⁹.

Por lo que el alma sacerdotal o consagrada a Dios, escuchando a Jesús y recibéndole, impulsada por la petición lacerante de su pecho bendito y penetrada del pensamiento divino, ha de buscar incansablemente la manera de manifestar el rostro de Dios en la faz hermosa de la Santa

¹⁹ Ap 22, 17; Jn 7, 37-38; 6, 54.

Madre Iglesia, donde el mismo Dios se nos da, en un delirio de amor, lleno de infinita misericordia, con corazón de Padre, canción de Verbo y amor de Espíritu Santo. Porque los hombres que pierdan a Dios han perdido el fin de su razón de ser; ya que fuimos creados sólo y exclusivamente para poseerle y vivir por participación de la misma vida que Él vive en intercomunicación trinitaria de Familia Divina.

Y tiene que ser también, por su vida y su palabra, por su modestia y compostura exterior, y su recogimiento interior, lleno de amor encendido a Dios y a los hombres, proclamación radiante de su vocación de Iglesia viva y consagrada en medio de un mundo corrompido, atenazado y esclavizado por sus pasiones y concupiscencias.

¡Oh Virginitad, Virginitad, de donde dimana toda fecundidad!, manifestación esplendorosa de la esplendidez infinita del que Es, déjame que te cante en tu hermosura mis poemas de gloria; ya que atraída al olor de tus perfumes como esposa enamorada del Cordero sin mancha, corriendo tras Él –pues «exquisitos de aspirar son tus perfumes» y «tu amor es más suave que el vino»²⁰–, fui introducida en el festín divino del Esposo de las vírgenes.

²⁰ Ct 1, 3. 2.

Robada por tu riqueza y hermosura, ¡oh Virginidad trascendente!, renuncié a la fecundidad humana, porque presentí un gran misterio que, sin comprenderlo, me sabía a «vida eterna que toda deuda paga»²¹; a pesar de que, al consagrarme a Dios, habría de renunciar a esa como ley general que todos tenemos de ser fecundos, de dar vida.

«Escucha, hija, mira: inclina el oído,
olvida tu pueblo y la casa paterna;
prendado está el rey de tu belleza:

“A cambio de tus padres, tendrás hijos
que nombrarás príncipes
por toda la tierra”»²².

Y hoy, cuando Dios en su Santidad infinita de trascendente Virginidad ha envuelto todo mi ser, cuando me siento penetrada de sus aromas, cuando soy totalmente feliz, y como ungida, poseída y bañada por el néctar de la excelencia del Infinito Ser, que hace apercibir a mi alma: «tu voz es dulce a mi paladar»²³, enviándome a manifestarle; tengo que cantarte, oh Virginidad querida, un himno de gloria, porque, por participación de mi Dios, y bajo el cobijo maternal de María, mi fecundidad se ha extendido tanto, que me siento, veo y experimento, participando de la fecundidad de la Iglesia, y siendo dentro

²¹ San Juan de la Cruz.

²³ Cfr. Ct 2, 3. 14.

²² Sal 44, 11-12a. 17.

de ella el Eco diminuto de sus cantares, madre universal de todas las almas.

¡Que venga a beber en la Fuente increada de virginidad todo aquel que sienta necesidad como infinita de fecundidad espiritual, que se nos da por Cristo, el Esposo de las vírgenes, a través de María en el seno anchuroso de la Santa Madre Iglesia, repleto y saturado de virginidad, como Esposa Inmaculada del Cordero; la cual fue engalanada por el Espíritu Santo con todos sus frutos, dones y carismas el día de sus bodas eternas en Pentecostés, para saturar a todos los hombres de Divinidad!

Alma que me escuchas, tú que necesitas dar vida y tener descendencia, si quieres, si te sientes llamada, si hay en ti nostalgia del Infinito, renuncia a esa paternidad o maternidad humana que te dará unos hijos que puedas contar con los dedos de la mano, y abraza este estado de virginidad o castidad consagrada que fecundizará tu paternidad o maternidad espiritual tanto, que tu descendencia será, a semejanza de nuestro Padre Abraham, «como las estrellas del cielo y las arenas del mar»²⁴.

A aquel que busque formar un hogar para estar rodeado de hijos y así poderle dar gloria a Dios mediante esa misma fecundidad, me

²⁴ Gén 22, 17.

siento impelida a anunciarle, manifestándole, que hay una fecundidad por encima de la que su mirada humana conoce, y que tiene su razón de ser en la misma Fecundidad infinita de la Virginidad eterna.

Y aunque no todos son capaces, como decía Jesús, de «acoger esta palabra (virginidad), sino aquellos a los que se les ha concedido; el que pueda acogerlo, que lo haga»²⁵, viviendo en la tierra, como los Ángeles de Dios, un presunto de Eternidad. Ya que en el Cielo, «los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como Ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección»²⁶;

viviendo en un acto de amor puro, de: sólo Dios en sí, por sí y para sí, y poseído y participado en gozo eterno por todos y cada uno de los Bienaventurados.

Pero, hijo amadísimo de la Santa Iglesia, si no te sientes llamado o capaz –pues «mejor es casarse que abrasarse»²⁷–, y te sientes inclinado a formar un hogar, piensa que, por muy grande que sea el número de tu descendencia natural, te espera una descendencia espiritual que te reclama vida. Ya que el *alma-Iglesia*, por su injerencia en Cristo, siendo miembro vivo y vivifican-

²⁵ Cfr. Mt 19, 11. 12d.

²⁷ 1 Cor 7, 9.

²⁶ Lc 20, 35-36.

te de su Cuerpo Místico, tiene que ser universal; de forma que su irradiación se extienda a los hombres de todo tiempo, pueblo, raza y nación.

¡Oh virginidad y castidad perfecta y sublimada, repleta de fecundidad, tan querida, añorada y apetecida por mi alma consagrada a Cristo!

Esta palabra, 'virginidad', encierra un misterio de fecundidad como infinita. Fijate, hijo de la Madre Iglesia, cualquiera que sea tu estado, si es fecunda la virginidad, que, incluso entre las almas consagradas a Dios, la más virgen es la más fecunda; no la que más predique, ni a la que más se la vea, sino aquella que, haciéndose una cosa con la Virginidad increada, se haga tan virgen, tan sólo de Dios y sólo para Él, ¡tanto, tanto, tanto!, que rompa como fruto de su virginidad, en fecundidad espiritual, recibiendo el regalo que el Esposo divino hace a sus escogidos: ser como los Apóstoles, pescadores de hombres, enviándoles a anunciar el Evangelio.

Aquel que participe más de la Virginidad divina, será más fecundo. Pues el virgen tiene su máxima fecundidad en el vacío de todo lo de acá y llenura de sólo Dios; ya que la misma virginidad tiene su principio, raíz y profundidad en la Virginidad divina; por lo que, a mayor virginidad, mayor fecundidad.

En la medida que vivas de sólo Dios, podrás dar vida, y así, tu descendencia se extenderá de

generación en generación, llegando tu irradiación espiritual repleta de fecundidad a tener su descanso completo y repleto sólo, siendo Iglesia universal, en la Eternidad.

Alma que me escuchas, tal vez sacerdote o esposa de Cristo, consagrado o consagrada a Él, ¿quieres saber en qué medida eres padre o madre de las almas? La virginidad que poseas será la medida de tu unión con Dios en un grito de sólo Él y, por lo tanto, de tu fecundidad espiritual; ya que la virginidad o castidad perfecta es un grito de: ¡Sólo Dios!, que te marca el camino a seguir para ser fecundo y dar así vida a las almas.

¡Oh virginidad, virginidad del pueblo consagrado a Dios!, los hombres, por no conocerte, te creen infecunda, no sabiendo que es en ti y por ti, toda fecundidad espiritual.

¡Oh Virginidad, deja que, aun sin poderte expresar y sabiéndome a profanación lo que de Ti pueda decir, mi alma cante al Infinito un *Magnificat* de todo mi ser que necesita manifestar el amor que por Ti siente, –oh Virginidad vehementemente buscada y codiciada, desde que te descubrí en apetencia irresistible de poseer a Dios–, y el agradecimiento que tiene al mismo Dios por el don recibido!

«Mi alma engrandece al Señor»²⁸, porque el Esposo de las vírgenes puso en mí su mirada, para desposarme «en derecho, justicia y fidelidad, en misericordia y compasión»²⁹, con su infinita Virginitad; «y mi espíritu salta de gozo en Dios mi salvador»³⁰, porque el Esposo divino me ha hecho su virgen, tan fecunda, que mi maternidad espiritual se extiende a todos los tiempos y hasta los últimos confines de la tierra.

Yo necesito ser virgen, toda y sólo de Dios, sabiendo que, en la medida que lo sea, me haré una cosa con el mismo Dios y, a imitación de María, se obrará en mí como una encarnación del Verbo. Y así, siendo templo vivo y morada del Altísimo, daré a Dios a las almas y vida divina al mundo; ya que mi virginidad, haciéndome esposa de la adorable Trinidad en su Virginitad eterna, me pide que, siendo por participación esa misma Trinidad, desde mi alma y en mi alma, en el mismo Seno de Dios que en mí habita, dé a Jesús a las almas y lleve, en mi postura sacerdotal, el fruto de mi fecundidad al mismo Dios.

¡Oh Amor...!, que necesito ser fecunda y darte descendencia «como las arenas del mar y las estrellas del cielo»; y esto lo conseguiré por mi virginidad y en la medida que de ella viva.

²⁸ Lc 1, 46.

²⁹ Os 2, 21.

³⁰ Lc 1, 47.

¡Hijos, venid a la mesa...! «El que tenga sed, que venga y beba», y el que tenga hambre, que venga y coma, que en el seno de la Santa Madre Iglesia, por el portento del sublime Sacramento se os dará «el Pan vivo» y «el agua que salta hasta la vida eterna»³¹.

¡Hijos, venid a la mesa y «embriagaos, carísimos», viviendo en un presunto de Eternidad como los Ángeles de Dios en el festín divino de la Virginitad eterna, de la Felicidad infinita, de la eterna Fecundidad...!

Venid, sí, todas mis almas queridas, venid a beber. Venid «a mi jardín, a coger de mi mirra y de mi bálsamo, a comer de la miel virgen del panal, a beber de mi vino y de mi leche. Venid, amigos, bebed y embriagaos»³² conmigo, porque la bandera que el Esposo de las vírgenes «alzó contra mí es bandera de amor»³³; y por eso mi alma, corriendo tras Él, cantará las glorias eternas de su amor infinito.

¡Oh Virginitad, Virginitad, que mientras más te digo, más te profano...! Porque ¿cómo podrá lengua humana cantar tus excelencias que dimanen del Infinito y Coeterno Ser?

En el silencio, ahondada bajo el abismo de mi miseria, el Amor me hizo tan virgen, que me hundió en su misterio y, penetrada de su infinita sabiduría, me lanzó a manifestarlo.

³¹ Jn 6, 51; 4, 14.

³² Ct 5, 1.

³³ Ct 2, 4.

17-9-1972

ADORA, ALMA MÍA

Adora, alma mía,
en tierno misterio,
escucha el latido
de Dios que está dentro,
y en tiernos amores
y en dulce cauterio,
besa al alma esposa
con amor inmenso.

No el paso interrumpas
de Dios en silencio;
adora y espera,
guarda tu secreto;
silencia las voces
del que, en tus adentros,
te dice romances
en llama de fuego.

Adora, alma mía,
adora en tu seno,
que la brisa dulce
del Hábito eterno
está respirando
dentro de tu pecho.
No hagas ruido,
quédate en silencio,

que Dios es muy hondo
y se te da en beso.

¡Pobre explicación,
rastreros conceptos!,
¡palabras humanas,
torpes pensamientos...!

¿Cómo he de decir
con mi pobre acento
el paso suave
de Dios, sin conceptos?

¿Cómo he de exponer
este vivir lento,
este apercibir
al Inmenso, dentro...?

¡Dentro de mi entraña,
dentro de mi pecho,
en la hondura honda
de mi cautiverio,
en el punto fino
donde mora el Verbo,
donde el Padre engendra
en su ocultamiento
y los dos se abrasan
en Amor inmenso!

Adora, alma mía,
que Dios está dentro
viviendo su vida
en tu seno abierto.

Adora postrada
y escucha al Eterno,

porque Él te habla
en llamas de fuego,
en martirios dulces,
en cauterios lentos...

Húndete en tu hondura,
verás qué misterio...

Cuando Dios se acerca
a mi herido pecho,
allá en mi interior
se hace el silencio,
y todo ruido
me sabe a tormento;
todo lo que es tierra
es como un lamento
que me deja en prensa,
que me mete dentro.

Adora, alma mía,
y escucha en silencio,
porque pasa Dios
¡en brisa de fuego!

1.920. El paso del Inmenso sobre el alma se apercibe cual ejército que, en miríadas de imponente fuerza, dicen, en su ímpetu avasallador, silbo delicado de suavidad silenciosa en profundidad abismal de unión trinitaria. (28-6-62)

1.921. ¡Silencio!, que pasa el Amor por el alma de la esposa en su decir callado de suavidad infinita. (28-6-62)

1.922. El rumor de tu paso sobre mi alma me suena a silbo delicado de unción sagrada que, diciéndome corazón de Padre, me sabe a Eternidad. (28-6-62)

1.923. ¡Qué grande es sentirse esposa del Espíritu Santo! No hay nada comparable, pues es tan delicado su toque, que es saboreo profundo de Eternidad. (18-9-74)

1.924. Cuando en su pasar o posar Dios actúa candentemente en la médula del espíritu, se apercibe el calor de su fuego: «Tus mejillas son como la grana»¹, enrojecidas por el beso de la boca de Yahvé. (11-5-76)

1.925. Dios pasa o se posa. Y el alma acostumbrada a su pasar y a su posar, le siente ve-

¹ Ct 4, 3.

nir; y ese sentirle agita su espíritu en amor de recepción... Es su Amado que viene, como el cervatillo, corriendo por los montes de Galaad, a visitar a su amada; y ésta se inflama con la cercanía de su paso. (11-5-76)

1.926. La petición del Eterno a mi ser es como fuego devorador que me impulsa a hacer lo que tengo que hacer y a decir lo que tengo que decir. (30-9-74)

1.927. Dios se es el Dios terrible que, cuando se lanza al alma para obrar en ella en prueba, la pulveriza, purificándola con su mano poderosa. (7-4-67)

1.928. ¡Qué bueno es sentir al Inmenso en el alma, aunque sea despedazando a ésta para inmolárla! Pero, ¡qué bueno es Dios siempre! (7-4-67)

1.929. El Amor besa en el interior del espíritu. ¡Silencio... y hacia dentro, que el Amor pasa con toque de divinidad...! ¡Qué hondo, qué dulce, qué tierno, qué cauterizante, qué penetrante, qué infinito y qué eterno es el Espíritu Santo...! (15-2-76)

1.930. El toque del Espíritu Santo es ansias de Eternidad, deseos de perfección, urgencias del Infinito, búsqueda del Bien amado. (7-4-67)

1.931. ¡Qué dulce es sentirse besada por Dios en la sustancia del alma, en silencio! (17-3-63)

19-5-1975

ME ESTÁ CERCANDO EL AMOR

Está besando el Amor
con impetuoso beso,
en silencio.

Como romance de amores,
está palabras diciendo,
en secreto.

Es hondo su palpitar,
en mi médula lo siento,
sin conceptos.

Pues «respira» el Dios viviente
donde Él mora, allí dentro,
en mi seno.

Está dentro mi Amador,
en taladrante cauterio;
como saeta encendida,
yo lo advierto.

Son besares los volcanes
que asaetean mi pecho
con penetración punzante
de misterio.

Está cercando el Amor
los silenciados encuentros
de su pasar silencioso,
 en cauterios.

Corazón enternecido,
¡palpita dentro del pecho!
en latidos de amor puro,
que Dios se oculta con fuego
 en tu encierro.

Infinita Majestad
en infinitud de Inmenso,
pasas besando en besar
desde tu altura a este suelo,
 tras los velos.

Conversaciones que invitan,
por las voces del silencio,
a adorar al Infinito
en el modo sempiterno
 de los Cielos...

¡Brote mi pecho en cantares!,
¡prorrumpa, en su modo quedo,
del Infinito en su serse
las excelencias diciendo
 en el suelo!

Requemores de amor puro,
¡henchid en brasas mi pecho!,

porque Dios pasa besando
dentro, con su modo eterno,
en mi centro.

¡Dejadme, pasad de largo,
criaturas, de este encierro!
¡No interrumpáis los amores
entre mi alma y mi Dueño,
en requiebros!

Dejadme, ¡que Dios me besa,
hondo, muy dentro,
en el pecho...!

17-12-1981

PARTÍCULAS PEQUEÑAS

Hasta ahora yo no supe, ¡oh Jesús de mis amores!, otra nueva maravilla de tu amor entre los hombres...

A la santa Eucaristía yo me acerco reverente, con temblores cada día, casi sin querer rozarte con mi boca entorpecida, pues conozco, en mi pobreza, las eternas perfecciones de tu excelsitud excelsa, en tus lumbreras divinas...

Con sorpresa hoy he sabido, que partículas se caen de las manos de tu ungido sin que nadie lo aperciba...: ¡diminutas...!, ¡tan pequeñas...!, que, aunque no quiera el que ama, como un beso, se le escapan, que Tú das desde tu alteza a mi bajeza, para besar este suelo con infinita clemencia...

Cual mendigo, Tú derramas mil perdones con la brisa de tu vuelo, al obrarse el gran portentoso del sublime Sacramento por la palabra amorosa, reprobable o temblorosa, de uno de tus elegidos que, en voluntad poderosa, fue por Ti mismo escogido...

¡Nada importa como sea el que consagre! para obrarse el gran prodigio de que el pan se

torne en Ti y que en Sangre cambie el vino, ya que en tu amor has querido repletar, como Alimento, por medio de este portento, a cuantos quieran comerte con amor, con desprecio o con descuido...

Mas mi alma enamorada, ha quedado subyugada con ardores que recrujen en la hondura de mi pecho, al saber que partículas se caen, una vez que Tú has venido de la altura de los Cielos a la Hostia consagrada, que quedó transubstanciada por la eficacia que has puesto, a través del Sacramento, en la boca de tu ungido...

¡Que Tú caes, Jesús mío, desde el altar hasta el suelo...?! ¡Que te pierdes sin que nadie lo aperciba, y tal vez seas pisado, al quedar tan escondido y de todos olvidado...?!

¡Pueda ser, Jesús del alma, que también yo haya cruzado, a través de mis caminos, en ese ingente momento en que Tú te hayas caído, y mi pie, lleno de barro, sin saberlo, sobre Ti se haya posado...! Y Tú así me hayas besado, diciéndome de este modo tan humilde y tan sencillo, pero de tanta excelencia en tu excelso señorío, los amores de tu pecho: ¡de ese volcán encendido! que se abrasa en requemores por decirme de mil modos tus besares, tus ternuras, tus conquistas, tus cariños...

¡Qué sorpresa me ha causado, al saber, en tu sapiencia, esta nueva donación de tus designios

sagrados...! ¡Manifestación potente! que, por serte Amor que puedes y por serte Amor que amas, en tu amor has conseguido, sin saberlo el que te ama, ser pisado, ¡y quién sabe si has llegado a ser, tal vez, escupido...!

Yo sé, mi Jesús bendito, que el donarte, en Ti, es olvido, ¡si en Ti cupiera olvidarte de la excelencia excelente de tu Seerte infinito y poseído...! Pues tu gloria fue entregarte, cuando, en tu eterno designio, determinaste salvarme, para llevarme a las bodas de tus festines divinos.

¡Nada me extraña de Ti! Pues lo que más aprendí de cuanto en mí has infundido, es saber que cuanto sé, nada es, si lo comparo con la plenitud pletórica de tu Seerte seído, teniendo en Ti el gran poder, en tu modo indefinido, de serte cuanto te eres, y hacer todo cuanto quieres manifestando hacia fuera los poderes escondidos desde los siglos eternos en tu volcán encendido.

Hoy te beso, como esposa enamorada, temblorosa y adorante, en el pasar de los siglos en todas esas partículas que al suelo se hayan caído; para decirte, en amores, las ternuras que de mi alma han surgido, al descubrir el misterio que a mi espíritu ha afligido en amores, para amarte con este nuevo matiz de mi corazón herido...

Yo te amaba en las alturas, y en el sagrario escondido después que, en el Sacramento, por las manos de tu ungido, te donabas por doquier en Alimento divino...

Te amaba en mi corazón, cuando te había recibido...; en el pecho de los hombres...; en el alma de mis hijos...; y reparaba amorosa y dolorida, del modo que yo podía, las grandes profanaciones que siempre se han cometido por los que no te descubren, al no haberte conocido.

¡Pero nunca, Esposo amado, yo te había acariciado dentro de la barahúnda de los hombres que, al pasar, habiéndote Tú caído, te pisaban, sin saber que obraban tal desatino...!

¡Son tan grandes tus amores y tan pequeños los míos, que no llego a comprender la esplendidez de este don, que en mi ser ha recrujido!

Mas, si ahora he descubierto esta nueva donación, ¡quedarán tantas maneras, sin que nunca se descubran, mientras moro en el destierro, a mi vivir reprimido...!

Hoy también quiero besarte, con mi pecho enternecido, en tantos y tantos modos que me son desconocidos, por la donación eterna de tu amor para conmigo...

¡Gracias por cuanto nos amas...!, ¡y en tantos modos distintos que tu excelencia infinita

determinó realizar, al ser Amor que, pudiendo, manifestó sus amores, según la excelsa potencia de sus poderes divinos...!

Hoy te beso, Esposo amado, junto al sagrario escondido, con mi espíritu adorante y mi pecho enternecido, al sorprender ¡tantos modos!, tan sublimes y divinos, del amor con que nos amas por tu eterno poderío...

¡Venid, hijos de la Iglesia! ¡Besad a Jesús conmigo!; adoremos reverentes al Dios que al suelo ha caído; siendo una sola respuesta, como Él siempre me ha pedido, hacia su Don que se oculta en el sagrario, escondido...

Obra de Iglesia, ¡no tardes! Soy tu Madre... ¡Hoy te lo pido!

9-5-1972

MIS RATOS DE SAGRARIO

Son mis ratos de Sagrario
los presuntos del Eterno,
mis alegrías de Gloria,
mis apetencias de Cielo...

Son mis ratos de Sagrario
donde, en penares de duelo,
lloro con mi Dios penante,
recojo sus desconsuelos,
apercibo sus martirios
y me consumo en sus fuegos...

Son mis ratos de Sagrario
donde mi espíritu abierto
recibe la omnipotencia
de los Poderes inmensos;
donde me siento fecunda,
donde abarco el universo,
donde llego a todas partes,
para llenar la misión
de mi espíritu sediento...
dándole almas a Dios
por mi misión como Eco
en la Santa Madre Iglesia,
sumergida en su misterio.

En mis ratos de Sagrario,
penetrada del Inmenso,
irradio por todo el mundo
las canciones de mi Verbo.

Son mis ratos de Sagrario
añoranzas en tormento,
por no encontrar al que ansío
tras la luz de su misterio.

Son mis ratos de Sagrario,
en claridades de cielo,
o en oscuridades tristes,
los que llenan las cavernas
torturantes de mi pecho.

* * *

Busco a Dios del modo extraño
que se nos da en el destierro:
en alegrías de gloria
o en soledades de invierno...

¡Pero no importa al que ama
con nostalgias del Eterno
esperar día tras día,
cuando sabe que un sagrario
es la puerta de los Cielos!

Por eso busco en mi vida,
en mis noches y en mis duelos,

en mis torturas de muerte,
en mi martirio incruento,
en mi espera prolongada
y en la noche del invierno,
cuando me cubre la helada,
cuando me ataca el infierno,
¡tras las puertas del sagrario
la abertura de los Cielos...!

¿Qué me importa que no sienta
ante mi sagrario abierto,
si la antorcha de la fe,
como luciente lucero,
me dice que ese Pan
es la gloria del Eterno...?!

Por eso, busca, hijo mío,
con incansables desvelos,
con agonías de muerte
y aun con torturas de infierno,
largos ratos de Sagrario,
aunque tan sólo apercibas,
en tu penar lastimero
dentro de la oscuridad,
la tragedia del Dios muerto...

¡Busca ratos de Sagrario,
sin buscar más que al Eterno,
sin esperar más que a Él;
sabiendo por la esperanza
que, al fin, se abrirán los Cielos...!

¡No te canses, que el amor
no conoce el desaliento!

Por eso, ora incansable
ante tu sagrario abierto,
donde el Señor se ha quedado
en un pequeño Sustento,
para que tú le buscaras
con esperanzas en fuego...

¡Ora incansable, hijo mío,
que mi corazón, herido
por las voces del Eterno,
hoy te lo pide amoroso
con mis clamores en celo...!

¡Ora incansable, hijo mío,
para que gustes el Cielo!
Y ora incansable, hijo mío,
dándole a Jesús consuelo.

«Frutos de oración»

1.495. El regalo más precioso para el alma enamorada, es la cruz de Cristo, donde Él nos da su gloria. (6-4-67)

1.496. La cruz es el reino del amor para los que buscamos y amamos a Cristo crucificado. (22-4-75)

1.497. ¿Cómo dirá que ama, aquel que, ante el dolor de la persona amada, se asusta y la abandona en su agonizante soledad? (16-8-77)

1.498. El amor necesita dar al Señor lo más, y esto, mientras estemos en la tierra, se demuestra permaneciendo en el Calvario con el divino Crucificado. (1-2-64)

1.500. El triunfo del amor es la cruz, pues sólo en ella se demuestra a la persona amada el amor. (16-8-77)

1.503. La mayor alegría del alma enamorada, es la de poder sufrir algo por y con la persona amada. (6-4-67)

1.504. ¿Dices que amas y huyes del dolor? Perdona, alma querida, te confundes. El amor pide crucifixión, y el sufrimiento aumenta el amor. (30-10-61)

1.506. El pan de los que aman está en la cruz, donde el Amor Infinito se nos dio en manifestación cruenta para llevarnos a Él. (14-4-67)

1.507. Gracias, Señor, por hacerme participar de tus agonías, soledades, incomprendimientos y penas de muerte. ¡Gracias, mi Jesús, gracias! (22-4-75)

1.508. Cuando me llega el agua hasta el cuello y no encuentro donde hacer pie, cuando la tristeza me anega, el temor me envuelve y el dolor me aplasta, doy un grito de alegría, me abrazo fuerte a mi Crucificado, y canto en la cruz vacía de consuelos, las infinitas y desconocidas riquezas que mi Cristo derramó en mi Iglesia al donarse a ella muriendo. (1-3-61)

1.510. La cruz es el regalo del Amor a las almas amantes; por eso, en ella, encuentra mi alma un profundo saboreo de gozo espiritual. (27-5-71)

1.512. ¡Qué fácil se hace la cruz al alma que sabe sufrir por amor, y qué difícil a la que tiene un amor tan pobre, que ni aun desear la cruz sabe! (27-11-63)

1.514. La cruz es el premio seguro que el Esposo hoy me brinda como muestra de su amor para conmigo. (10-9-63)

1.516. La cruz, cualquiera que sea, fue tan sublimada por Cristo, que ya, siempre que por Él

se lleve con amor, es camino de gloria, encuentro de Dios y amor de respuesta. Así, la cruz es dolor, pero en amor al que amamos. (1-5-76)

1.517. El alma que sufre con Cristo crucificado es semillero de Iglesia, portadora de almas para la Eternidad. (7-3-67)

1.518. Alma mía, no llores. ¡Dios es veraz! Alma mía, sufre, calla y sonríe muriendo, si es preciso, por la Iglesia... Gózate en tu muerte; y, cuando no puedas más, no olvides que Dios es tu eterno descanso. Si al ir a Él, te pide aquello que te proporciona la muerte, no lo rehuyas, que tras ello está la resurrección y la vida. (25-4-75)

28-4-1975

CORAZÓN, SIGUE ADELANTE...

Busco a Dios en las nostalgias de mi alma,
y la voz de su infinito poderío
me responde en el silencio,
invitándome a seguirle con mi cruz
por su camino.

Es sincero el pecho amante
que reclama urgentemente con gemidos
al Amor que, en sus adentros,
por el roce de su beso, le hubo herido;

es misterio de inéditas conquistas
en que vencer ha sabido
al Amante que, en amor, le sella el alma
con su paso y sin ruido.

Expresiones que se escapan
con lamentos contenidos,
anhelando en sus nostalgias el encuentro
del que busca con el alma hecha quejidos...

Corazón, no te tortures, lanza al vuelo
los deseos de tu pecho reprimidos,
que Dios sabe los porqués de cuanto encierras
tras los velos del silencio en tus noches
escondidos.

¡Oh misterio de sorpresa inexplicable...!:
un sagrario, con sus modos tan sencillos,
encerrando al Seerse en su serse la Palabra,
y aparece como mudo y sin sonido...

¡No te turbes corazón, corre al encuentro,
que el Amor, en tu nostalgia, está escondido,
remontándote en sus alas tras su paso
y sabiendo de tu entraña los gemidos!

¡No te asustes, corazón, sigue tu marcha!,
que, aunque calle el Amador, no se ha dormido;
está alerta a los deseos de tu pecho,
pues conoce el recrujir de sus latidos.

¡No te inquietes, corazón, sigue en tu anhelo!
¡No te pares, corazón, remonta el vuelo!

653. ¡Qué bueno es apoyar la cabeza en el pecho de Cristo y, descansando en Él, darle así descanso! (1-2-64)

654. Descansa sólo en el Amor y así le darás descanso. Búscales descanso en tu alma y almas que le hagan descansar. (26-3-64)

655. El Señor quiere que le escuches para decirte y darte su secreto de amor infinito y, como consecuencia de esto, abrir en ti sed de almas. (1-2-64)

656. Señor, los que te consuelan en medio de tu desolación son los que sólo buscan consolarte a Ti aun a costa de su crucifixión. (28-11-59)

657. ¡Qué fieles son las almas cuando las consuelas...! Y esas mismas, ¡qué infieles cuando, en la prueba, les pides consuelo! (28-11-59)

658. Porque pido amor puro de inmolación y olvido de sí, me vi solo, y «busqué quien me consolara y no lo hallé»¹. (28-11-59)

659. Ya sé, Jesús mío, que el sitio donde se reposa para dormir, es la propia casa; por eso, duerme en mí, aunque yo no experimente en mi vida más que el respirar de tu sueño, sa-

¹ Sal 68, 21.

biendo así que te soy descanso en tu duro caminar. (20-3-62)

660. Señor, ¿estás cansado?, ¿no tienes dónde dormir?, ¿todos te piden fiestas...? Ven, Amado, duerme, que yo, velando tu sueño, no te despertaré, siendo en tu duro caminar un lecho donde reposes y encuentres tu descanso. (20-3-62)

661. El que ama sabe esperar que Jesús repose dormido en su alma; pero el que no sabe de amor, al primer sueño del Esposo, huye a buscar otros amores que no duerman. (20-3-62)

662. ¿Duerme Jesús en tu alma? Eres esposa de confianza cuando Él ha puesto en ti su descanso. (20-3-62)

663. Señor, te doy eso, y lo otro, y todo lo que me pidas; pero, ¡dime que te hago descansar! (26-3-64)

664. Jesús, si no soy consuelo para tu alma dolorida, muero de amor doloroso. (11-11-59)

665. ¡Qué duro es ver a Cristo tan solo y desconocido, tan amor y tan desamado...! Jesús, no queremos que estés tan herido por el desamor, y por eso, con el Espíritu Santo y con Nuestra Señora, te amamos. (21-1-75)

666. Jesús mío, queremos amarte con la ternura de Nuestra Señora de Belén, el amparo del Padre y el fuego del Espíritu Santo. (22-12-74)

23-4-1977

TU PETICIÓN EN MI PECHO

Escucharte... Recibirte... Entrar dentro de tu pecho dolorido y saber que estás herido en amor, de tanto amarme; y que ocultas en tus horas de silencio, enclaustrado tras las puertas del sagrario, el misterio agonizante de tu corazón transido, ahogado por tus penares de lamentos contenidos.

En un rato penetrante de cauterio has mostrado a mis amores, Dueño mío, que estás solo en soledades de secretos reprimidos, por no encontrar quien escuche, así, adorante, en tu pecho, tus latidos.

He sabido que nos buscas jadeante, y que quieres confidentes que descansen a tu alma siempre amante, repletada en amores encendidos.

¡Cuánto, en nada de este tiempo, he comprendido...! Un instante que he mirado hacia el Sagrario me ha inflamado con las lumbres de tus ciencias, penetrando agudamente mis sentidos; y he sabido que, si esperas tras los siglos en silencios prolongados sin que sepan tus gemidos los humanos, no es tu gusto el quedarte sin «sonidos» tras las notas del silencio y escondido.

Es por nuestra captación, que no sabe comprender, en el modo tan divino que Tú tienes de explicar, «así», a las almas, cuanto oprimes en la hondura de tu pecho reprimido...

Hoy he visto, en un momento de romances amorosos, algo dulce y doloroso que a mi corazón ha herido: ¡Está solo el Dueño amado de mi espíritu afligido...!;

¡oprimido con urgencias de nostalgias y en melancólico olvido de aquellos que Él tanto ama y que fueron elegidos para ser sus confidentes y enviarlos a mostrarle por los siglos...!;

¡esperando sin cansarse, por si un día, al acordarse, le escucharan, y supieran los amores tan divinos que le abrasan sus entrañas hacia el pueblo consagrado, por los celos contenidos del Amor de los amores, que llama sin ser oído...!

Tú me has dicho, Esposo amado, sin palabras y sin ruido, en el modo tan secreto que Tú tienes para entrar por los sentidos de mi alma:

¡Que consuele tus penares...!, ¡que te ame con los míos...!, ¡que te escuche en tus silencios de nostalgias reprimidos...! Pues deseas descubrirme los arcanos de la hondura de tu pecho taladrado, que, de tanto amor herido, ¡de penares ha sangrado...!

Y que entre en tu secreto; que Tú quieres, con las notas silenciadas de un teclear de mis-

terio, descubrirme cuanto encierras en tu corazón abierto, por si alguien quiere entrar para gustar tus encierros...

Mas, si quedas en silencio, Dueño amado, Jesús mío, ¿no es por falta de palabras ni deseos de decirte a los pobres, pequeñuelos y sencillos!; ¿es porque andan distraídos sin saber captar tu anhelo, y «así» hacerte descansar reposando en horas largas, hechos uno allí en tu seno!

Me has robado el corazón, enaltecido, cuando me has dicho, mi Esposo, sin palabras ni sonidos, en la hondura taladrante de mi corazón herido, que, adorante, te consuele, «así», una con los míos, reclamándome en tu pecho; y que escuche tus lamentos y asimile tus latidos, y el reteñir de tu pecho, y el llamear de tu espíritu abrasado por los fuegos del Eterno.

¡Eres Dios!, Jesús del alma, dulce Esposo y Dueño mío, que revientas, cual volcán que en sí es sido, en llamaradas eternas por tu corazón abierto en sapientales gemidos...

¡Gemidos de amor eterno, que quedan desconocidos por no encontrar quien escuche quedamente sus latidos...!

¡Cuánto, en nada, he penetrado...!

Y digo: «en nada he sabido», porque el tiempo no contaba cuando, en un solo segundo, tu misterio he comprendido:

¿Que Tú me pides consuelo...? ¿Que repare los olvidos de aquellos que no te aman, y que aperciba el gemido de tu alma lacerada, apoyada «así» en tu pecho, hecha una con mis hijos...?

¿Es que yo busco otra cosa, fuera de Ti, mi Querido, que introducirme en tu hondura, y allí vivir los motivos del porqué que en Ti se oculta tras los siglos escondido...?

¡Si yo pudiera expresar lo que hoy he comprendido, al ver tus ojos sagrados buscando en la lejanía a tus ungidos, aguardando confidentes que recojan tus quejidos...!

¡Yo te amo...! ¡Tú me amas...! en amores tan sabidos que mutuamente nos damos, ¡sin yo entender cómo ha sido esa mi constante unión ya siempre, Jesús, contigo...!

¡Me hiciste tu confidente, receptor por Ti escogido, contención de tus misterios, de modo que, en mis esperas, Tú te me das a mi estilo, contándome cuanto encierras en petición de cariño...!

Eres, mi dulce Amador, ¡tan conquistador conmigo!, que toda mi vida es tuya sin desear más que amar, dándote en fruto a mis hijos.

¡Cuánto supe en un instante junto a Ti, Jesús querido...!: ¡Supe que mi Dios lloraba por el gemir de su Ungido!

25-6-1982

TE AMO, JESÚS

Te amo, Jesús, como en mis años primeros; sin la brillantez de aquella juventud, pero con la entrega incondicional de una vida cargada de misterios y sellada por la incomprensión y el menosprecio de los que no son Tú.

Te amo, Jesús, porque eres el centro de mi existir, el todo de mi vida y la respiración, aunque ya jadeante, de mi corazón.

Te amo, Jesús, porque Tú eres todo lo que apetezco y mi única razón de ser. Sin Ti, sin mis ratos de Sagrario apoyada en tu pecho, sin la vibración de la médula de mi espíritu que me tiene centrada sólo y siempre en la búsqueda incansable de tu gloria, y sin la nostalgia de tu encuentro definitivo, ¿qué sería de mí...?!

Te apetezco porque te tengo, pero no del modo que te añoro. Yo necesito tu cercanía penetrante, tu mirada de explicación amorosa, tu sonrisa silenciada que me muestra los caminos tortuosos de mi marcha siempre al encuentro del cumplimiento de tu voluntad.

Suspiro por Ti, Jesús del alma, porque sólo cuando estoy en Ti, me encuentro en mi cen-

tro. Eres la alegría de mi corazón enamorado, la llenura del amor de mi pecho enaltecido, la apetencia de mi vida subyugada por la contemplación de tu rostro penetrado de infinitos resplandores.

Te amo, Jesús mío, porque eres el Esposo de mi alma de virgen-madre, saturada y traspasada de dolor en el país de la incomprensión, del pecado por la ausencia de Dios.

Te busco en todas partes y, si siempre te encuentro, es porque allí donde te reclamo, Tú me estás esperando con tu cruz en un Getsemaní que me habla de Eternidad...

Tú sabes, Jesús de mi sagrario, cómo y cuánto te necesito, y cómo y cuánto te tengo, y cómo y cuánto te echo de menos, y cómo y cuánto te llamo, y cómo y cuánto te pierdo, ¡y cómo y cuánto te reclamo y te tengo en las noches de mi terrible desolación...!

Tú sabes, porque eres la Infinita Sapiencia, lo más recóndito de la médula de mi ser, y penetrando los porqués de mi vida casi aniquilada por la incomprensión de mis silencios, me brindas, desde tu Silencio, la comprensión de tu amor en el misterio trascendente de la Eucaristía...

Te amo, Jesús, en un amor que es toda mi vida en amores de entrega, en renunciadas cargadas de penares, en nostalgias selladas por el

secreto, en urgencias que reclaman la extensión de tu Reino por la conquista de tus planes eternos cumplidos a través de los siglos por medio de cuantos te escogiste.

Mi existir, mi vivir, mi callar, mi luchar, mi esperar y aun mi morir, es sólo amor al Jesús de mi sagrario, al Esposo de mi corazón, al Dueño de mi juventud, de mi madurez y de mi ancianidad.

Él es el todo de mi vida, y mi vida es sólo y toda para Él... Por eso, cuando le pierdo, me pierdo y clamo como la cierva desgarrada y reseca por las aguas refrigerantes del cristalino arroyo...

Te amo, Jesús, como Tú sólo sabes y como yo, de alguna manera, también lo sé. Y porque te amo estoy dispuesta con tu fuerza a seguirte siempre, y aún a esperarte, si por un imposible así me lo pidieras, cuanto duren los siglos, en luz o en oscuridad, en triunfo o en aparente fracaso, en compañía de los que amo o en soledad de todos ellos.

Tú sólo eres mi todo, y en Ti y por Ti todas las cosas, para mí, tienen su fuerza, su sentido y su razón de ser. Buscar en Ti y en todos cuantos me encomendaste, el hacer tu voluntad y darte gloria, es la única exigencia de mi corazón enamorado y consagrado en entrega total e incondicional a tu amor infinito desde mi juventud, haciendo todo lo que Tú me pides.

Necesito tu luz, porque me reseco en la espera de tu encuentro...; pero te espero tranquila hasta que Tú quieras, porque el amor que te tengo está por encima de mis experiencias con relación a tu modo de actuar sobre mí.

Te amo como me ames y como te me quieras dar, porque no busco mi gloria ni mi gozo, sino el tuyo.

Comprendí, desde mis primeros años de consagrarme a Ti, que mi vida sólo tenía un sentido: darte descanso, hacerte sonreír; hacer dichosos a los demás con la llenura de tu vida, y terminar la carrera de mi peregrinar, agotada por una vida cargada de trabajos, tras la conquista de ser en todo y siempre sólo gloria para Ti.

Ya sé, Jesús de mis amores, de luchas y conquistas, de días claros y de noches prolongadas, de Tabor en resplandores de Gloria y de desoladores Getsemanís. Ya he gustado lo que es gozar de tu Vida y morir por ser Iglesia en destrucción constante por la conquista de tu Reino. Y ya sé, sobre todo, que mi modo de darte gloria, que es lo único que busco en mi existir, está en abrazarme en todo y siempre con la máxima alegría y fuerza que pueda, a aquello que tu voluntad me vaya marcando en mi modo de ser, de estar y de vivir. Por eso, desde lo más profundo de mi ser, en la médula

de mi espíritu, no busco más que tu gloria como y donde me quieras tener, aunque me mueva en la nostalgia irresistible de tu encuentro definitivo...

Sólo ansío y necesito para ser feliz, estar como Tú quieras y saber que estoy como Tú quieras tenerme.

Te amo, Jesús mío, y hoy me sale del alma decírtelo, porque necesito escucharlo y que Tú me lo escuches. Aunque Tú y yo ¡ya nos lo sabemos...!

Gracias, Jesús, porque te amo de esta manera, que es el triunfo glorioso del amor en la destrucción de una vida en respuesta amorosa de mi don a tu amor...

15-1-1974

MI PAZ

Es la paz como brisa del mar
en un día tranquilo,
en el reteñir de sus olas serenas
que vienen y van
sin dejar traslucir su quehacer,
porque están sosegadas
en su ser y en su obrar,
según son.

Es la paz algo hondo, secreto,
que se encierra en la hondura del pecho
y se vive en misterio
de quedo silencio.
Y, en su brisa de ir y venir,
sus sabores impregnan de gozo,
en su ser y en su obrar,
como dulce alimento.

Es la paz un vivir
de tan tenues acentos,
que, en sabores divinos y eternos,
se siente al que Es, sin saberlo.

Es la paz un porqué tan seguro,
que deja, en su centro, repleto

al que vive de asiento
y está cimentado
en el gusto sabido
que circunda al Inmenso.

El que vive de Dios,
buscando tan sólo tenerle contento,
sin querer otra cosa que eso,
ése encuentra el secreto
que encierra la paz
en su ser y en su obrar,
que es Dios mismo,
viviendo en su centro.
Pues la paz es saberse saber
lo que tiene que ser
y tenerlo tenido,
y, aún más, poseído muy dentro.

Es la paz como el mar
con sus olas tranquilas
en los días serenos,
que, aunque vienen y van,
nada turba el sosiego
de la dulce misión
que le han puesto.

Es cual brisa callada
la paz en mi pecho,
en rumores de Gloria
y en silencio de Cielo,
en dulzuras sublimes,

como un beso infinito
de Dios en mi centro.

Es Dios mismo la Paz
misteriosa, divina y secreta,
que impregna mi ser con su aliento;
es Dios mismo que besa mi alma
con la brisa callada
del volcán que le tiene encerrado
en su ocultamiento.

Es Dios mismo,
que, siendo dulzura infinita,
me mece con el suave fulgor de su vuelo.

¡Es Dios mismo
la dulzura de paz infinita
que siento!

Colección
Luz en la noche
El misterio de la fe
dado en sabiduría amorosa

n.º 10



Ediciones La Obra de la Iglesia

ISBN 978-84-612-4193-4



9 788461 241934